

## SERMON

### DE SANTO TOMAS APÓSTOL.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt et crediderunt.*

Porque me has visto, Tomas, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron.

*S. Juan, c. 20. v. 29.*

Al ocupar la cátedra del Espíritu santo, desde donde se dan á conocer por boca de los sacerdotes del Señor, no su doctrina ni sus pensamientos, sino los que la tradición constante de la iglesia nos enseña, se contrae un empeño tácito de ser fiel en la traslación de las doctrinas que en ella se enseñen, aunque alguna vez como cosas divinas hallen una explicación embarazosa en la inteligencia limitada del hombre.

No obstante este comun modo de obrar, cuando acuden á nuestra imaginación ideas que pueden conducir al mejor servicio de Dios, no deben ocultarse, porque agradable será á sus ojos todo aquello que pueda conducir á la conversión de mayor número de fieles á la penitencia y á la gracia.

Con el fin pues de explicar algunas ideas que me ocurren en obsequio del apóstol que tuvo el alto privilegio de introducir su mano en la herida de Jesucristo, me toca hacer algunas prevenciones que no os serán desagradables ni infructuosas: no os serán desagradables, porque todo lo que sea adquirir noticias de algun hecho, es para nosotros entretenido, por la natural propensión de nuestro corazón; y no serán infruc-

tuosas, porque os harán conocer y apreciar mejor las altas miras que la providencia de Dios ha tenido en todas las ocasiones en que su presencia ha parecido en la tierra.

Generalmente al discurrir sobre el Evangelio y sobre los escritos de los santos padres, se emiten juicios lijeros, infiriendo de algunos hechos que en ellos se mencionan consecuencias impremeditadas que tienden á la destrucción de la fe. Tales son, por ejemplo, las acciones de los apóstoles ántes de recibir la gracia del Espíritu santo, y las posteriores á ella, porque en unas y otras hay ignorancia y debilidad en algunas ocasiones, como se puede notar en las preguntas que dirigian á su divino Maestro; y en otras muchas, como en la de santo Tomas cuando rehusaba creer (si no lo veía), la resurrección y aparición de Jesucristo, cuando sus compañeros se lo decían.

La ignorancia de la nueva ley y aun de otras cosas ántes que los apóstoles recibiesen en lenguas de fuego al Espíritu santo, y quedasen llenos de sabiduría, era no solo natural, sino muy propia y muy á propósito para que Dios diese á los sabios orgullosos la lección de que no eran necesarias universidades ni libros para que adquiriese sabiduría y ciencia aquel á quien él destinaba á ser sabio verdadero.

Otras razones análogas á estas se establecen respecto á conocimientos científicos ó propios de algunas cosas físicas y ajenas de moral, de las que se hablaba en el Evangelio en el lenguaje entónces conocido por los que le escuchaban, como por ejemplo, el sistema solar y otros del mismo género; pero unas y otras son sin fundamento; y porque se cree con los ojos mundanos y sin la gracia de la religión, como le sucedió á santo Tomas, ántes de recibirla, cuando sin ver no quiso creer la aparición y resurrección de Jesucristo su maestro.

La contestación á unas y otras razones, ya con relación á los apóstoles ántes de recibir la gracia, ya con relación á las ciencias físicas y materiales, es bien clara y bien patente. Jesucristo no vino al mundo para mudar la naturaleza del hombre, sino para perfeccionarla, y redimirle del pecado con su pasión y muerte; y tampoco vino mas que á explicar la moral, cuidándose poco de las verdaderas ó falsas teorías de otra ciencia bien poco importante cuando se trata de la salvación de las almas, en comparación de la religión y principios de moral, cuya perfección nadie ha podido dudar, nadie puede combatir como tenga



amor á la humanidad, como posea solo un poco de ese cariño á sus semejantes que muestran hasta los animales de una misma especie entre sí, y de cuyo ejemplo se separa el hombre que espía las ocasiones de atacar nuestra existencia física y moral.

Con las explicaciones que os he dado respecto á este punto, podré entrar con mas facilidad y con claridad en el elogio de nuestro santo Tomas, cuyo verdadero amor á Jesucristo ántes y despues de su muerte está demostrado en los diversos lugares del Evangelio que hacen referencia á él; y os hablaré tambien de los medios providenciales, por los que Dios nos instruye de ciertas cosas de difícil inteligencia sin ellos, y comprueba de una manera luminosa las verdades que pueden sernos útiles.

Estos dos puntos serán el objeto de mi discurso, que se inclinará á que seais de los bienaventurados que no vieron y creyeron, de quien habla Jesucristo en el Evangelio de hoy. *Beati qui non viderunt et crediderunt.*

Para conseguir este objeto tan agradable á Dios y tan útil á los hombres, cortos son los recursos de mi ingenio, si Dios con su infinita bondad no me auxilia con uno de los continuos favores que nos dispensa. Por lo que unido á vosotros le imploraré poniendo por intercesora á la vírgen María, saludándola con las palabras del ángel, diciendo : *Ave María.*

Ya habeis oído, cristianos oyentes, que pensaba haceros conocer las virtudes de santo Tomas apóstol; que pensaba hablaros de los medios de que se vale la Providencia para instruirnos de lo que nos interesa, y que desearia que esto contribuyese á haceros del número de los que no vieron y creyeron; pero para que todo se cumpla conforme al mejor servicio de Dios, no basta que yo por su favor pueda desempeñar esta tarea superior á mis fuerzas; es preciso que vosotros me presteis atencion, y os poseais de un vivo deseo de ser felices y bienaventurados, segun Dios, no conforme el mundo suele interpretar esta palabra.

No son, no, como se piensa con envidia muchas veces, felices y bienaventurados en Dios, los que en opípara mesa se ríen de la miseria del pobre, ni los que bajo un techo dorado ven quemarse sin dar un paso la débil cabaña de una familia dilatada: lo son aquellos que conociendo á Dios le siguen como lo hizo

santo Tomas, y que cuando ignoran cómo lo han de hacer, preguntan cómo han de seguirle, no por curiosidad, sino con el fin de hacerlo del mejor modo posible.

Cuando Jesucristo despues de su predicacion y preparándose á la pasion, anunció á los apóstoles su muerte despues de la última cena, habló á sus discípulos con la ternura de un padre cariñoso, que dejando por necesidad á sus hijos les previene con sabios consejos los peligros que les amenazan, con el fin de que puedan evitarlos y remediarlos; y les dijo que iba á la casa de su Padre, donde habia diversas moradas, á prevenirles donde estuvieran viviendo eternamente dichosos. Las varias predicaciones que habia hecho Jesucristo, habian sido muy instructivas para los apóstoles: lo que les decia en aquellos momentos sobre su redencion y promesas de gloria para nosotros que estamos redimidos del pecado original é instruidos de nuestros deberes religiosos de cristianos, es tambien una cosa fácilmente comprendida; pero para los apóstoles no lo podía ser en aquella ocasion, porque la doctrina de los premios y castigos de la otra vida, establecidos para los que no marchan ó rehusan marchar por los senderos del Señor, tenia que ser difícilmente comprendida por los observantes de la antigua ley, en atencion á que no estaba á sus alcances, siendo unos hombres indoctos, y porque solo podian comprenderla con la luz de la gracia y la fe enseñada en la revelacion.

Por esta razon le habian preguntado á dónde iba, para seguirle, y santo Tomas le interrogó por la casa y alcázar del Padre de que les habia hablado, teniendo por objeto los apóstoles conocer el camino de su salvacion, y santo Tomas el punto donde se hallaba la casa ó alcázar, para encaminarse á él.

Santo Tomas, tratando de informarse de la celestial morada donde residia el eterno Padre, que él no concebía, demostró su amor á Jesucristo y su disposicion á seguirle donde quiera que fuese, no obstante los peligros que le habia anunciado anteriormente.

Conducta bien diferente en verdad de la que seguimos en general los que no nos cuidamos de que hay un cielo habitado por el Eterno, donde Jesucristo preparó deliciosas moradas á los que sepan seguirle y amarle. Nosotros abandonamos el pensamiento que nos puede conducir á conocer la habitacion del Eterno, pero buscamos los lugares donde podemos perder nues-



tras almas y ponerlas á disposicion del demonio, como lo demuestra esa pasion que tenemos por los entretenimientos frívolos y aun peligrosos, á costa del cumplimiento de nuestras obligaciones.

Bien solícitos buscamos dónde está el alcázar, donde reside nuestro enemigo, y bien léjos estamos de indagar dónde está el alcázar donde Dios reside, para encontrar los caminos que conducen á él, por peligrosos que sean, como lo procuró santo Tomas cuando ántes de la pasion y muerte que sufrió nuestro Redentor, le dijo: Señor, no sabemos dónde vais: ¿cómo pues podemos saber el camino?

En estas frases que nos traslada san Juan en su Evangelio (1), se ve toda el alma del apóstol, sencilla, firme y con todas las disposiciones para que recibiendo la gracia, fuese uno de los que predicasen y conociesen á Jesucristo en la tierra.

Pero nosotros, extinguido el pecado original, tan próximos á obtener un estado de gracia, como lo es un deseo firme de obtenerla, no tenemos á Dios ni el amor sensible ni la firmeza de santo Tomas, y correremos ansiosos los lupanares, las casas de juego, cuyas consecuencias, aun para la vida del mundo, son bastante perjudiciales. Si nos parásemos á considerar lo que son esas casas de prostitucion y de juego, que son los alcázares cuya situacion tratamos de adquirir, puede ser que alguna vez nos detuviéramos al umbral de su puerta: y quizá un arrepentimiento oportuno nos hiciera volver atras: no solo por temor de Dios, sino tambien por temor á las desdichas y males que vienen de la asistencia á semejantes sitios, donde todo se aventura á perder, y donde ninguna ganancia se puede prometer. En ellos pelagra la salud; peligran las comodidades de la vida; pelagra la honra; y lo que es mas doloroso, pelagra la salvacion de nuestras almas. Pelagra la salud, porque los excesos traen enfermedades: ¿y qué es lo que se hace en las casas de prostitucion y de juego mas que excesos? Todo es allí sin método ni medida: todas son sensaciones violentas y forzadas, porque no se encuentran los estímulos que nacen de las pasiones bien dirigidas, como que provienen de provocaciones anti-naturales, y que repugnan á un alma, no digo cristiana, medianamente delicada que sea.

(1) Joann. c. 14.

En fin los resultados de la concurrencia bien los conoceis por desgracia, en punto á enfermedades, en los infelices que cual heridos por el dedo de Dios han apresurado la vejez y arrastran una existencia llena de dolores y de oprobiosas marcas. En cuanto á las comodidades de la vida, es bien conocido el resultado que tienen los extravíos de esta naturaleza. Siendo el trabajo el elemento de la riqueza del hombre, ya sea intelectual, ya sea material, sufre en la disipacion del juego una paralización completa; porque el que tiene agotadas sus fuerzas en las emociones violentas del juego y de la crápula, no está para trabajar; y el tiempo que en ello se emplea es ya una pérdida irreparable. Y la honra? Esta joya preciosa cuya destruccion es tan sensible; qué herida no sufre en el juego y la prostitucion! En cualquiera negocio de la vida en que se encuentre el hombre, la nota de disipado y jugador es un obstáculo para concluirlo. Si es un contrato interesado, se exigen dobles garantías al jugador y disipado que al que no lo es: si se trata de confiar una comision, todos rehusan hacerlo al que tiene fama de estar dominado por vicios tan incorregibles: si se trata del simple trato afectuoso de la amistad, todos huyen de aquel que tiene mala fama, por temor de que no recaiga en él la del amigo vicioso; y si se trata del verdadero negocio de nuestra vida, de nuestro destino futuro, ¿qué se prometen el jugador y el disipado, cuando les llegue la hora de dar cuenta de sus acciones? Entónces conocerá, y será tarde, que hubiera sido mas ventajoso tratar de averiguar dónde estaba la casa de Dios, que no andar en busca de las de juego y prostitucion.

Cuando Dios conoce el amor que se le tiene y el deseo de buscarle, no se ofende de la ignorancia, provenga del objeto que quiera, y acude pronto con la instruccion conveniente de lo que es interesante: así fué como contestó á santo Tomas con dulzura y de modo que pudiese comprender la unidad de su naturaleza con la del Padre, y que al alcázar de él se llegaba siguiendo su ejemplo y doctrina.

Al presente no está Jesucristo entre nosotros como lo estuvo en otro tiempo; pero nos consta por la revelacion y la religion divina que instituyó, que Dios reside en todas partes; y siempre que dudemos dónde está el camino que conduce al alcázar de su gloria, tenemos los sacerdotes sus ministros siempre dis-



puestos á darnos en su nombre las explicaciones é instruccion que sea necesario.

El mal nuestro no depende al presente de ignorancia; depende de la falta de voluntad en seguir á nuestro Dios; porque no poseemos el amor que le tenia santo Tomas cuando pretendia ilustrarse del punto donde pararia, para seguirle á costa de su vida si fuese necesario, á pesar de que todavía no habia sido dotado de la divina gracia que descendió sobre él desde que se completó el misterio de la redencion del género humano.

Santo Tomas, por lo que se infiere de los hechos que de su vida nos trasmite la iglesia, era uno de esos varones francos, sinceros, de condicion recta, y que no creía las cosas por creer; ántes dudaba, sin perjudicar el respeto que ellas mismas le inspiraban. Por esta razon, cuando los compañeros suyos le dijeron que Jesucristo habia resucitado y vuelto á aparecer entre ellos, él no los creyó, resistiéndose á la experiencia, no porque estuviese dudoso de la existencia de él en el mundo, ni de la bondad de su doctrina, sino porque no alcanzando su alma la necesidad de la resurreccion, acaso porque pudo evitar la muerte con su divino poder, para que no abusaran de él, con su sencilla franqueza esperó ver lo que sentia dentro de sí mismo.

Pero en esto, ademas de los impulsos naturales de santo Tomas, obraba una disposicion providencial de que él fué el instrumento, con el objeto de que apareciera mas clara y mas patente á los ojos de los demas la misma resurreccion de que él dudaba.

Pero ántes de tratar lo que conforme á mi propósito corresponde á la Providencia divina, os hablaré de hecho de que santo Tomas dudó, segun nos lo refiere san Juan: descubierta por María Magdalena la salida de nuestro Redentor del sepulcro, la notició á los apóstoles, los que estaban asombrados y sin saber á qué atribuir tan extraño suceso, hasta que estando juntos, ménos santo Tomas, se les apareció Jesus diciéndoles: paz hayais. Los demas discípulos, cuando Tomas volvió entre ellos, le contaron que habian visto á su divino Maestro, y él les dijo: « si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré; » y ocho dias despues, estando juntos los apóstoles y con ellos Tomas, se les apareció

Jesus por tercera vez, presentándose en medio de ellos en la habitacion cerrada en que se hallaban, sin abrir ni fracturar ninguna puerta, y dirigiéndose á Tomas, le dice: mete tu dedo en las heridas de mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Este favor especial que hizo Jesus á santo Tomas, convenciéndole de una manera incontestable, fué bien singular, y así lo reconoció el apóstol cuando herido por tan afectuosa reprobacion exclamó: « Señor mio, Dios mio.... » Este es el hecho que ocurrió con el apóstol santo Tomas, notable por mas de un concepto, y en especial, porque por el modo como pasó, demuestra la providencia de Dios, que tan atenta á las cosas del alma como á las del cuerpo, ha proveído auxilios á todo cuanto pudiera serle útil.

Los sucesos ocurridos durante la existencia de nuestro Salvador en la tierra son tan maravillosos y extranaturales, que no era extraño que, para aquellos contemporáneos que no estaban enterados del grande objeto y fin que tenían, ofreciesen motivos de dudas y cavilaciones, cuando aun entre nosotros no pueden ser explicados mas que por la fe y la revelacion. Pero al lado de este asombro, al lado de esta incomprendibilidad de cosas tan admirables, cual es la resurreccion de una persona muerta que habla y anda con el cuerpo lleno de las señales de sus padecimientos, vemos convencido al que dudaba, y confundidos los motivos que pudieran darse de incredulidad á otros.

Efectivamente, para los incrédulos, para los que quieren suponer una cosa inventada en los santos Evangelios, es un poderoso argumento el suceso de santo Tomas, que no hubiera sido referido si los Evangelios fuesen una invencion, ó si pudiesen serlo unos escritos que no tienen ninguno que se les asemeje en la originalidad, en el estilo, ni en ese espíritu de verdad que deja el alma satisfecha y tranquila respecto de la certeza de cuanto dicen.

Muchos siglos han pasado desde que se escribieron: infinitos enemigos de la iglesia y religion de Jesucristo han intentado borrar del catálogo de los escritos los Evangelios que son su fundamento; pero siempre han existido almas justas amantes de su Dios, que los han conservado puros en medio de las persecuciones, y los han arrancado á las injurias del tiempo con



ese sello de divina sabiduría que causa tan grande admiracion.

Pero dejando estas justas reflexiones que nos sugiere la idea de los combates dados á la verdad del Evangelio, volveremos á tratar de la Providencia divina, ostentada muy especialmente en la duda de la resurreccion que tuvo santo Tomas, y en el convencimiento que obtuvo depues por la presencia de las señales que exigia para creer. Si examinamos cuanto nos rodea, ya sean los seres vivientes, ya los vegetales, ya los objetos pasivos esparcidos por la tierra, nos ocurre con frecuencia la idea de decir: ¿para qué existirán tales ó cuales objetos? fijándonos, al hablar así, en aquellos cuyo destino no hemos podido llegar á penetrar. Así nos causan admiracion muchísimos acontecimientos que nuestro débil entendimiento no sabe explicarse á sí mismo, y de los que decimos: ¿para qué, ó cómo ha sucedido tal ó cual suceso? Pero en ello se encierra algo providencial, que debemos bendecir y alabar; porque se verifica con el objeto de que se cumplan los destinos materiales y morales de las cosas de este mundo. ¿Qué cosa hay mas admirable que la emigracion de ciertas aves, y aun animales de unos á otros climas, atravesando mares y montañas llenas de peligros? ¿Quién enseña á tales vivientes la calidad y circunstancias del país que van á buscar, los caminos que conducen á él, y el modo de proveer á las necesidades de un viaje peligroso y capaz de espantar al hombre mas determinado? La Providencia, amados oyentes, es la que obra estas maravillas: la Providencia es la que enseña á las aves el camino de su subsistencia, el instinto de ir á buscar un punto mas ventajoso que el que ocupan, y en el que si permaneciesen se ocasionaria su destruccion.

Pues lo mismo que se ven estos portentos de la Providencia en la parte material de los seres, se encuentra en la parte moral, como podemos verlo en esa multitud de hechos que nos enseñan las historias sagradas y profanas, cuyos resultados se perciben al cabo de infinitos años. Las consecuencias del Evangelio predicado por Jesucristo lo pueden demostrar, é instrumento providencial para afirmarnos en su creencia fué el glorioso apóstol cuya fiesta se celebra hoy, resistiéndose á creer sin una prueba, lo que para él podia ser creíble, atendidas las maravillas que habia visto obrar á su Maestro en la resurreccion de Lázaro y en los infinitos milagros con que acreditó su mision en la tierra.

La prueba de la resurreccion de Jesucristo dada á santo Tomas, no fué para él solo; se extendió á todos los que le rodeaban, y ha venido hasta nosotros, que con conocimiento de ella no podemos ménos de bendecir la beneficencia de Dios, que se hizo hombre, y padeció y murió por abrirnos un camino á la salvacion de nuestras almas. Pero; qué honra, qué predileccion obtuvo nuestro santo apóstol del Redentor del mundo! Pocas veces fué inexorable á quienes se acercaron á él durante su permanencia en la tierra; pero con nuestro santo Tomas estuvo por motivos providenciales indulgente y bondadoso. Le enseñó las llagas que habian hecho en sus manos los clavos del suplicio, y le introdujo en ellas sus dedos: le manifestó la herida de su costado y le introdujo en ella su mano, y arrancó de su alma incrédula la expresion de admiracion y arrepentimiento indicada en la frase; Señor mio! Dios mio!

Malos somos los hombres; graves son las culpas y pecados que pesan sobre nosotros; pero ¿quién habrá de cuantos me oyen, que tocando las llagas del Señor despues de haber presenciado en cierto modo su pasion, no quedase anonadado en su presencia? Podria suceder que el tiempo y las tentaciones influyeran en el ánimo de muchos pecadores lo bastante para desterrar de nosotros la memoria de tan raro acontecimiento, porque somos por desgracia harto olvidadizos de los beneficios que hemos recibido; pero en aquellos momentos, ante tan poderosas é irresistibles razones, y pruebas visibles y materiales, ¿quién habria que no exclamase; Señor mio! Dios mio!

Mas no dispensa ni puede dispensar Dios tan raros beneficios á todos, porque ni es necesario, ni todos son tan dignos de él como santo Tomas. Este santo apóstol dudó, es verdad, y mereció que Jesucristo le dijera: *Quia vidisti, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt et crediderunt*. Porque viste, Tomas, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron; pero tambien es verdad que creyó de veras, y que acreditó su fe por medio de un glorioso martirio, despues de predicar y convertir á innumerables gentes en el terreno idólatra donde fué á dar testimonio de lo que vió y creyó.

Él, despues de recibido con sus compañeros el Espíritu santo, emprendió su peregrinacion á países idólatras y feroces, cuya índole era sangrienta y ruda mas que la de los sujetos al imperio y dominacion romana. Él fué solo, sin mas armas que su



ardiente caridad; sin mas auxilio que su consagracion al servicio de Dios, á la nacion de los Partos, pueblo no domado, y cuyas costumbres eran contrarias á la doctrina evangélica; y entre aquellos feroces guerreros que peleaban con el enemigo huyendo y arrojando saetas, con su santidad, con su doctrina y con sus milagros convirtió á la fe á muchos de ellos, extendiéndola en tan apartadas regiones. Él visitó con igual objeto los medos, persas, hircanos y bactrianos, pueblos en otro tiempo de la dominacion de Darío, conquistados por Alejandro, y que divididos despues por sus capitanes, formaban estados y reinos considerables; y en todos estos dilatados países hizo conocida la doctrina evangélica á costa de infinitos trabajos y penalidades.

Pero no eran bastantes á su celo tantos países y terrenos como recorrió y que os he señalado: su amor á Dios, su deseo de compensar su duda conquistando infinitos creyentes, le lanzó á la India, país apenas conocido entre los antiguos, y donde la supersticion ha echado tan profundas raíces, que aun hoy se ven horriboras consagraciones hechas á los ídolos mas monstruosos.

La historia nõ da detalles exactos sobre el modo como recibió nuestro santo el martirio, pero os los referiré conforme por la eficacia de la iglesia y esmero de los fieles convertidos se conserva. Influidando la predicacion de santo Tomas en el ánimo de los reyes de Coromandel, estos llegaron á permitirle edificar una iglesia; y en un punto elevado colocó una cruz como símbolo del triunfo evangélico, á la manera que lo hacen con su bandera y estandarte los guerreros y campeones despues que conquistan una plaza. Pero; qué diferencia de trofeo á trofeo! El apóstol santo Tomas, decidido campeón del Evangelio, eleva una cruz, símbolo de la paz y de la union del cielo con la tierra; y los guerreros, que por seguir el impulso de sus desenfrenadas pasiones se arrojan á la pelea y al combate, la elevan como símbolo de muerte y de destruccion. Ante esta cruz, pues, iba nuestro santo á orar, y aprovechándose de esta piadosa costumbre, es como le formaron asechanzas sus enemigos los brazmanes ó sacerdotes idólatras del dios Brahma, é idearon darle muerte. Un dia que como de costumbre iba á postarse á los piés de la cruz, imágen de la en que habia muerto aquel Jesus que con tanta bondad habia destruido las dudas de

su fe, le asaltan los partidarios de los sacerdotes de Brahma, arrojando sobre él piedras y toda clase de golpes, y le acabaron por último á lanzadas. Así concluyeron los dias de este varon santo, y para mejor obsequiar su memoria os haré algunas reflexiones que servirán mejor al conocimiento de sus virtudes.

Allí atacó la idolatría; allí publicó la igualdad de la justicia de Dios para con los grandes y pequeños; y allí su doctrina excitó la ira de los príncipes, y por su sentencia fué condenado al martirio con que honró su apostolado en la ciudad de Calamina. Él fué, como dicen las tradiciones históricas de la iglesia, á la China, á la Abisinia, haciendo en todas partes infinitos milagros, fundando iglesias, ordenando sacerdotes y combatiendo las sectas idolátricas de los brazmanes, que hasta al presente tienen sumidos en la ignorancia aquellos fértiles países.

Si nosotros hubiéramos dudado alguna vez de los misterios y milagros que enseña nuestra ley, y convencidos por cualquiera medio acreditásemos como santo Tomas con un celo ardiente por la fe, el arrepentimiento de nuestras dudas, seguro es que Dios se gozase de nuestra conducta; pero no obramos nosotros como santo Tomas. No llegamos á dudar, y nunca acabamos de creer; porque si creyéramos ¿haríamos lo que hacemos? Si convencidos de que son desagradables á Dios nuestras malas acciones, insistimos en ellas y no mudamos nuestra conducta, ¿no acreditamos nuestra indignidad en recibir favores como el del santo apóstol, á quien Dios convenció de una manera tan prodigiosa y tan eficaz?

No es la duda el punto donde estriban nuestros pecados, no. Las heridas de nuestra alma por el pecado son de mas mala calidad. Nosotros dejamos de creer por indiferencia, por falta de deseo y por perversidad; y así no seremos, no, de los bienaventurados que no vieron y creyeron. *Beati qui non viderunt et crediderunt.*

En estos tiempos no podemos ver con los ojos de la cara lo que es necesario para creer; pero los ojos del alma campos inmensos tienen que mirar llenos de maravillas y portentos, que labren una conviccion completa é igual á la de santo Tomas en nuestros corazones. Tenemos en los Libros santos la revelacion escrita; tenemos en la historia los efectos maravillosos de la fe; tenemos en la naturaleza que nos rodea y en la trabazon providencial de los seres que puede examinar nuestra vista,



cuanto puede satisfacer al alma mas llena de dudas. ¡Ojalá fuese duda solo lo que existe en nuestros corazones, como hubiese deseos de salir de ella! Porque entónces la historia del acontecimiento de santo Tomas, la meditacion y el estudio la destruirian, y la fe triunfante nos conduciria á ser como él confesores y mártires del Señor. Pero no queremos ser de los bienaventurados que no vieron y creyeron. Aunque creamos, aunque conozcamos los beneficios que Dios nos ha dispensado, nuestra malicia supera á la fe y la sofoca; y de este modo el libertinaje y la impudencia recorren la tierra ostentando en su frente una triunfante y desdeñosa mirada á la tímida y escondida virtud. Á esa virtud que solo se encuentra cuando se la busca, y que no busca como el vicio concurrencias numerosas en que se la vea ostentosa, como vemos que sucede en esa turba de hombres mundanos, que hacen alarde de los vicios que poseen, y tal vez tambien de los que no poseen: tal es su ceguedad.

Vosotros veis, como yo lo veo, muchos que no son tan viciosos cuanto propagadores del vicio, y se muestran ávidos y ambiciosos de poseer todos cuantos existen. Unos dicen con énfasis: yo tengo mucho orgullo para hacer estas ó las otras acciones: yo poseo tales y cuales hábitos viciosos, y si hubiese mas, mas tendria: otros dicen: tengo la satisfaccion de haber conseguido una venganza, que quizá no ha llevado á cabo, y á este tenor todos los que pagan un tributo de adulacion á las malas costumbres, y consideran como mérito la posesion de las señales externas de los hábitos viciosos. Pero ¡qué doloroso es este estado de ceguedad! ¡qué criminal el extravío de los que sin dudar entre el mal y el bien, hacen ostentacion del mal, contrariando la natural inclinacion que tenemos de parecer mejores!

Tal estado es el triunfo mas completo que puede darse al demonio, y la rebelion mas completa á Dios: á ese Dios cuya benéfica providencia no se contentó con mandar lo bueno y prohibir lo malo, y con decir esto es verdad y esto es mentira; sino que nos dejó ejemplos como el de santo Tomas, en los que contando con la debilidad nuestra, quedan satisfechas todas las exigencias de la duda. Si alguno vacila en creer la resurreccion, se le puede decir: santo Tomas la dudó; pero la reconoció porque tocó las heridas de Jesus.

Y vosotros que me oís, que os llaman fieles de Jesucristo, participes de la comunidad de su iglesia y miembros de ella ¿habréis de continuar á la vista de tales pruebas de los sacrificios y bondad de Dios, proporcionando al enemigo comun de nuestras almas el triunfo de que no solo se obedezcan los impulsos viciosos que os inspira, sino que llegueis á ostentar lo que no poseis todavía? ¿Es de este modo como habeis de honrar á santo Tomas, que lavó la mancha de un momento de duda con una predicacion penosa y un martirio? ¿Es con costumbres viciosas como adquiriréis en el cielo un poderoso intercesor que os ayude á servir bien á Dios en esta vida y os abra el camino de la otra? No es viviendo con malas costumbres ni despreciando la virtud como se honra á los santos y se sirve á Dios. Vosotros lo sabeis; vosotros lo conoceis, y haceis muy mal de no aprovecharos de las palabras de consejo que oís del ilustre apóstol, que lanzándose en las naciones bárbaras é idólatras del Asia, no dudó recoger en ellas abundante mies para el reino de los cielos.

Ceded pues á ellas: honrad á santo Tomas, renunciando las pretensiones de ser incrédulos, y los vicios que poseeis: pensad que mayores testimonios que los de santo Tomas habeis recibido, naciendo cristianos, de la fe evangélica: creed aunque no veais con los ojos materiales de vuestro cuerpo, y de este modo sereis, como dijo Jesucristo, bienaventurados en esta vida y en la otra. Amen.